

La novia de España

Emilio Álvarez Frías

Sentimos profundamente que, cuando nos salimos de los problemas políticos de cada día normalmente es para recordar alguna figura del pasado que nos deja. Estos días hemos de apartarnos de los pelendengues habituales para rendir nuestro recuerdo y agradecimiento a Carmen Sevilla. ¡Qué tiempos aquellos en los que disfrutábamos de sus películas! Películas en las que se



desgranaba inocencia por los cuatro costados, te dejaban al margen de la violencia que al parecer tanto necesitamos ahora, no nos introducían en la pornografía como es casi obligado en nuestros días, había música digna que llenaba nuestras entrañas y en no pocas oportunidad nos invitaba al baile con ritmo y sentimiento, incomparable con la de chimpún

actual que nos induce únicamente a dar saltos y levantar los brazos como locos, música que incorpora la electrónica, el sampling (=muestreo), la manipulación del sonido y la fusión de diversos géneros musicales. Hemos de reconocer que aquellos eran otros tiempos que a algunos, en cierta medida, nos han gustado más que buena parte de los actuales. Sin duda son los años, la complacencia por las cosas y el arte, la valoración de la vida, el deseo de saber, la entrega a lo bello...

Carmen Sevilla fue considerada «la novia de España», por su encanto, por su hacer,... aunque sin duda tuvo sus problemas y una vida nada fácil y probablemente dura, como la tuvimos la mayoría de nosotros. Y en 20 citas nos cuenta Tomás González Sánchez esa dura vida de Carmen, aunque, en mi caso, falta una: el día que la conocí personalmente.



Fue un domingo, mientras ella rodaba una película histórica –cuyo nombre no recuerdo–, en la Casa de Campo madrileña, y un servidor tenía una reunión con gente revolucionaria –que también los había por la España de aquellos tiempos aunque con otro estilo– en un albergue juvenil que por allí existía. No sé por qué casualidad nos encontramos de frente; la saludé (no iba a perder la ocasión), celebré conocerla, charlamos durante unos minutos, y la pedí un autógrafo para lucirme luego con los amigos. Sacó de no sé dónde una foto, me la firmó, y me la dio acompañada de un par de besos que me supieron a gloria.

Carmen Sevilla era así, que yo sepa. No iba siempre encaramada en la soberbia mirando a la gente por encima del hombro; saludaba a todo el que



se ponía por delante y, si volvías a tropezar con ella, te conocía, se acordaba de ti. No como otras y otros españoles del gremio escénico que solo conocen a quienes les conviene.

Se fue Carmen Sevilla y he rezado por ella. Estoy seguro que San Pedro la habrá abierto la puerta

cuando la oyera cantar a lo lejos una de sus canciones. Y ahora estará revolviendo entre todos los admiradores que allí continúan su vida. A lo mejor algún cateto la pregunta sobre la «igualdad» entre hombres y mujeres que se maneja en España, sobre los géneros existentes, sobre la violencia machista, sobre el negacionismo y todas esas cosas tan de moda. Seguro que le responderá con una sonrisa, un «mi arma» lleno de gracia, y un «chiquillo, si yo d'eso no sé ná» y seguirá dando abrazos.